

La violencia en el lenguaje o el lenguaje que violenta

Equidad de género y lenguaje

Anna María Fernández Poncela

Colección Teoría y Análisis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



CAPÍTULO VI

Atisbos hacia el futuro

¿Hablan diferente las mujeres y los hombres? Si consideramos que el ser humano encuentra fascinante cualquier distinción entre los géneros, no es de sorprender que la manera de hablar de hombres y mujeres despierte curiosidad en ambos y se procure determinar si las diferencias lingüísticas de género efectivamente existen. Todos tenemos un punto de vista particular respecto a las diferencias de género; ya sea en lo que se refiere a la lengua o a otros aspectos de la vida (Coates, 2009:21).

Jennifer Coates plantea una aclaración muy pertinente tras su cita: “si la pregunta se hubiera formulado de manera distinta, las respuestas habrían sido diferentes” (Coates, 2009:21). Esta afirmación es aplicable al presente texto. También compartimos con ella la fascinación que tenemos los seres humanos por las diferencias. La pregunta del texto anterior en torno a las diferencias entre hombres y mujeres respecto al habla pero también al lenguaje en general es en parte la que ha guiado esta investigación. Concluimos como iniciamos: hombres y mujeres comparten un mismo lenguaje, sin embargo, presentan preferencias diferentes al expresarse, según la sociedad y el contexto, diversos factores sociales, las y los interlocutores, la situación concreta, pero sobre todo, por cuestiones de género en las cuales convergen lo cultural y lo psíquico (Chodorow, 2003) y, nos gustaría añadir, lo social e interrelacional. Además creemos haber dado respuesta y explicación a otros interrogantes y cuestiones alrededor del androcentrismo y sexismo lingüístico, que comprobamos a lo largo de los apartados de este libro, así como de una revisión en torno a los mensajes agresivos de diversas narrativas y expresiones sociales.

Violencia lingüística y simbólica: amenaza, desvalorización y dominio social

Los relatos estudiados –leyendas, canciones, paremias populares y cultas, y chistes– presentan el consejo acerca del modelo de ser mujer, el “deber ser”, pero en general lo hacen a través del ejemplo de lo que no deben ser, informando o amenazando de paso, del castigo ejemplar para aquellas que se salen de la normativa y moral socialmente establecidas, o en todo caso con mensajes desvalorizadores para quienes transgreden sus arquetipos. Lo mismo acontece hacia los hombres, se presenta la imagen de lo que han de ser y “deben hacer” –aquí de manera asertiva. Las relaciones de poder, la coacción, el temor, la violencia o agresión están bien explícitos en varias expresiones o historias. La mujer tiene una imagen y papel asignado que ha de cumplir y el hombre también. Cierta temor social aflora en los relatos, un miedo con funcionalidad seguramente (Marina, 2006), aunque también, tal vez sin una voluntad e intención siempre clara, concreta, y menos consciente, para todo el mundo, más bien como una nebulosa del estado de las cosas.

Esto mismo, en una interpretación más aguda y menos lineal, más densa (Geertz, 1986), compleja (Morin, 2007) y completa, nos lleva por vericuetos que pudieran resultar incluso sorprendentes. En definitiva, a concluir que si tanto se tiene que reiterar que se cumpla el modelo ideal, y el castigo es tan duro y cruel como hemos visto en el caso de las leyendas coloniales –aunque creadas en época posterior varias de ellas–, es porque éste es necesario para mantener el primero, y porque el primero, no es tan usual, ni está tan consolidado su imaginario y práctica como se desearía o necesitaría. Si no, ¿por qué no dar ejemplos de historias del comportamiento de las buenas mujeres en vez de ilustrar precisamente con lo que no deben hacer y resaltar el castigo? En palabras más sencillas, las mujeres no siguen el modelo asignado y son como vemos en las leyendas: brujas, vanidosas, desobedientes o locas. Todo ello descalificaciones sociales a la libertad femenina de elegir y decidir, de ser ellas mismas, y ejercer poder, en el sentido de *poder para* o de *poder hacer* lo que ellas desean y quieren.

Así, hemos revisado el discurso hegemónico cultural –dominante y consensuado– patente en las leyendas tradicionales y populares, lo mismo que en refranes, frases y canciones a partir de diferentes mensajes –burla y denigración, amenaza directa o velada, advertencia o consejo, inducción al miedo, ejemplo

de castigo—, todo ello de forma general. No obstante, se puede establecer un hilo conductor formado por dos hebras: miedo y violencia simbólica, uno se insinúa o se siente y la otra se ejerce y experimenta (Lidón, 2008). Y esto está religado con el ejercicio del poder —relacional y no absoluto— y con la existencia de ciertas resistencias (Scott, 2000) para el control social, en este caso del género femenino y mediante la utilización del lenguaje y el discurso.

Toda esta configuración de imaginarios sociales y universos simbólicos legitimadores, objetivaciones del lenguaje, imperios de discursos sociales que controlan estructuras, procesos y prácticas, se recrea en el *habitus*, que a su vez se finca en la violencia simbólica y el temor, destinados al disciplinamiento y dominio social. Un intento de domesticación de las mujeres por medio de la violencia simbólica, de espantarlas, ridiculizarlas, minusvalorarlas y coaccionarlas con la sanción; de ajustar la sociedad y sus miembros al imaginario social. Una muestra del supuesto miedo social y androcéntrico hacia el poder y la libertad de las mujeres (Lipovetsky, 1999; Bourdieu, 2000) aparece como la posible explicación para comprender todo este artificio discursivo creado y recreado con objeto de controlarlas en la medida de lo posible. Otra posibilidad es que al externalizar y expresar la tensión emocional y cultural masculina de no poder controlar a las mujeres como la sociedad o cierto discurso social dicta y algunos hombres desearían, se produciría una suerte de liberación y regularización de dicha tensión en las relaciones intergenéricas.

Ante el panorama de violencia y agresión lingüística que hemos presentado, acudimos de nuevo a una definición de dominación simbólica según la cual ésta no tiene lugar desde la lógica de la conciencia y el conocimiento, “sino a través de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que constituyen los hábitos y que sustentan, antes que las decisiones de la conciencia y los controles de la voluntad, una relación de conocimiento profundamente oscura para ella misma” (Bourdieu, 2000:53-54).¹ Es más, la violencia simbólica es

¹ Estamos de acuerdo en parte con este autor, aunque no por ello suscribimos el paradigma de la dominación masculina como marco de fondo de la sociolingüística que ha tenido eco durante un tiempo. Tampoco estamos de acuerdo con cierto esencialismo inscrito en otros estudios. Más bien consideramos que el poder es bidireccional y es una relación en el sentido de Foucault (1993), como la violencia, el lenguaje y el género, y no parece positivo el universalismo, como tampoco el relativismo cultural a ultranza. Además todo cambia, desde las

invisible e insensible para sus víctimas, ya que se aplica por medio de la comunicación y el conocimiento —o desconocimiento— y del sentimiento, por lo tanto dentro de lo simbólico (Bourdieu, 2000) y subjetivo, poco visto y menos tangible y asible.

Algo que desborda los propósitos de este estudio pero queremos introducir brevemente, es la cuestión de los estereotipos —ya insinuada en su momento—, con relación por supuesto al tema que abordamos en estas páginas. Detrás de los estereotipos hay aspectos de muy diversa índole, más allá del insulto verbal o de la discriminación simbólica. Tras estas creaciones lingüístico-culturales que ordenan mentalmente la realidad social, está la tensión emocional, la obsesión mental, el reduccionismo y desprecio cultural, consciente o más a menudo de manera inconsciente, que desembocan en el prejuicio ya con valoraciones emocionales. Hay también una circunstancia de índole práctica, la discriminación en el sentido de calificación y categorización que puede ser valorada positiva o negativamente.² Me surge la pregunta de si los seres humanos podríamos vivir sin estereotipos, y conectada a la misma, qué hay de verdad en ellos y para qué nos sirven desde un enfoque funcional.³ Creo que hay algo de razón o de verdad en algunos estereotipos, como por ejemplo se está probando en nuestros días que la capacidad, habilidad y fluidez lingüística femenina es un hecho que desde los refranes bíblicos se ha recogido y transmitido. Otra cosa es el

apreciaciones, los paradigmas, las interpretaciones y los enfoques. Es más, las variaciones sociales de todo tipo son importantes, no sólo la debida al sexo, y ésta puede ser entendida desde el enfoque que mencionamos de la dominación o de la diferencia —la cual consideraría a los sexos dentro de subculturas distintas con características psicológicas y lingüísticas también diferentes.

² Ejemplo: a una misma persona, en España se la denomina *morena* y en México *güerita*, es una manera de calificar que, dependiendo del contexto, la intención de quien habla y la percepción-sensación de quien escucha, se enuncia y recibe de forma agradable o desagradable. Por supuesto, en muchos estereotipos culturales se observa discriminación y agresión, quizá no siempre consciente, y tal vez en otra cultura no se perciba de la misma manera.

³ Sé que no soy todo lo auténticamente académica y políticamente correcta que debería ser al formular estas dudas, pero también sé que el *debería* es un introyecto psicológico, cultural y moral, tanto o más pernicioso que los mismos estereotipos, y que el saber tiene algo de narcisista y el no saber desconecta y desresponsabiliza.

juicio –prejuicio o valoración– de este fenómeno o hecho social: los refranes lo critican, en tanto que la psicología actual lo considera positivo. También sirve para la práctica cotidiana saber en cada cultura qué hace cada quien, repito, más allá de las valoraciones o desvalorizaciones en su caso. Y finalmente, por supuesto que no podemos vivir sin ellos por el simple hecho de que nuestra mente actual de manera automática etiqueta, valora, critica, enjuicia –más allá del veredicto final. Podemos darnos cuenta y cambiar lo que pensamos, pero no sé qué tanto podríamos detener la creación estereotípica y el piloto automático que a veces inconscientemente nos guía.

Tras este breve paréntesis volvemos al tema de la violencia lingüística y simbólica. Discriminación y violencia, con el objetivo de controlar y dominar, en este caso por medio del lenguaje, del habla, de mensajes inscritos en una narrativa popular que contiene el discurso de un modelo hegemónico cultural determinado: leyendas, canciones, refranes populares y frases cultas, chistes, y seguramente en varios espacios y muchos medios más.

Finalmente, es preciso reflexionar sobre el por qué y el para qué de esta violencia. Violencia verbal y simbólica como herencia histórica y cultural, emocional, territorial y social, como se dijo. Violencia discursiva para controlar o para tener y mantener el poder. El discurso es un medio y un recurso de poder (Van Dijk, 2001a) como reiteramos. Por ello vimos en las diversas narrativas revisadas cómo se desacredita e incapacita de forma agresiva a ciertos grupos. Violencia simbólica para perpetuar el sometimiento, la discriminación y la desigualdad social sobre los sectores “subalternos” (Fernández Poncela, 2002a); para ello se coacciona, inferioriza, minusvaloriza, menosprecia y denigra.

Violencia simbólica porque dichos grupos no son tan sumisos y obedientes como a algunos sectores dominantes les gustaría o necesitan (Fernández Poncela, 2002a). Porque en caso contrario, repetimos, qué sentido tendría toda esta profusión de mensajes negativos, qué intención perseguiría la dureza y repetición de los mismos. Violencia simbólica con objeto de justificar la inequidad y de legitimar el abuso y el maltrato físico o sexual, entre otras cosas (Fernández Poncela, 2002a). Una violencia que violenta. Una violencia necesaria –según el sistema– porque sí, por ejemplo, las mujeres fueran abnegadas y sufridas, para qué reproducir este discurso. El discurso se explica porque las mujeres son más libres y autónomas de lo que a la sociedad, la cultura y algunos hombres y mujeres les gustaría que fueran, en especial, y por todo lo visto, a ciertos

grupos de hombres adultos. Violencia consciente o inconsciente, personal o colectiva, mental y emocional, en el lenguaje y el habla. Violencia sobre los grupos no suficientemente controlados o domesticados. El hecho de señalarlos nombrándolos, desde la burla indirecta hasta la caracterización negativa directa, parece ser un intento de coacción, de inducir, de controlar, mediante la acusación pública, porque, como decíamos, seguramente son más libres e independientes que lo que el propio discurso reconoce.

Una vez visto el porqué y el para qué, nos queda el desde quién, cuestión que ya mencionamos también, pues se trata aparentemente del hombre masculino y de edad adulta, hay quien añade blanco y occidental y se pueden sumar algunas cosas más. Lo que se ha dado en llamar el arquetipo viril o el androcentrismo (Sau, 1986; Moreno, 1986) cultural, el hombre como centro y medida de todas las cosas, pero también con determinada edad, cultura y aspecto.

Añadimos que aquí, por diferentes razones, entre ellas el conocimiento previo e investigación sobre las narrativas seleccionadas y por considerarlas muy importantes para nuestra cultura, elegimos leyendas, canciones, paremias populares y cultas, así como chistes. No obstante, podríamos haber utilizado otros aspectos culturales, tales como la literatura, el arte, el discurso político o la publicidad en los medios, o simplemente expresiones o frases hechas que circulan en nuestro ambiente cotidiano.

Deseamos remarcar el fenómeno de los chistes sexistas aquí estudiados. Una narrativa popular con ciertas características comunes a las otras, sin embargo, en ellos la gama de mensajes se amplía y diversifica, el discurso hegemónico cultural se quiebra y bifurca, y ya no todo parece estar tan claro. Consideramos que los chistes sobre hombres y mujeres son sexistas, discriminatorios, violentos y agresivos. Como toda expresión cultural popular, pero mucho más que otras porque provocan la risa, con sus características positivas, fisiológicas y bioquímicas añadidas: descargan tensión psíquica, liberan y aligeran la mente, el cuerpo y la energía.

Como toda manifestación popular, los chistes también reproducen el orden simbólico y el estado de las cosas, imaginarios y prácticas sociales, roles y estereotipos, en este caso como vimos sexistas y agresivos. Un aspecto curioso en comparación con otras expresiones lingüísticas y narrativas sociales, es la proliferación de mensajes violentos contra los hombres —cuantitativa y cualitativamente hablando—, en proporción similar a los que se refieren a las mujeres. Lo

cual, además de todo lo dicho en el capítulo correspondiente, deja algo o mucho en que pensar: ¿será venganza?, ¿equidad?, ¿liberación mental, emocional, cultural, neurológica, muscular y bioquímica?, ¿reproducción de la violencia simbólica? O también podríamos pensar que a las mujeres les gustaría poder llegar a controlar a los hombres, y ante la imposibilidad de hacerlo, se entregan al humor, el chiste y la broma, amortiguando conflictos, reproduciendo violencia, relativizando situaciones dolorosas y desencuentros desagradables, y manteniendo las relaciones intersubjetivas entre los géneros.

En ocasiones hay duda de hasta dónde una expresión es clara y directamente sexista o hasta dónde quien la escucha, así lo considera por razones personales y culturales, o de sensibilidad a ciertas cuestiones. En todo caso, en general, si lo que se lee o se oye, produce enojo o molestia en algún grado, si quien recibe el mensaje siente que es algo que la perjudica individualmente como mujer, o siendo hombre percibe lo mismo hacia las mujeres, entonces es que por lo menos algo hay de intención sexista; lo mismo en el caso de los hombres. Los estereotipos sexuales, las generalizaciones sobre un género, la invisibilización de las mujeres, suelen contener intrínsecamente ciertos niveles de violencia lingüística, psicológica y simbólica. La discriminación y subordinación, así como el insulto o la humillación hacia uno u otro sexo, son sexismo.

Otra cuestión es que quien utiliza dicho tipo de lenguaje y expresiones sexistas no es un ser enfermo, malvado o perverso. Se trata de personas perfectamente socializadas en su medio, que comparten la cultura hegemónica, el discurso y las palabras —léxico y significado— que imperan en su sociedad. Quizá lo hagan de manera poco consciente, de forma usual, o además considerándose graciosos/as, lo cual no demerita el hecho de que lenguaje es poder y que cierta utilización del discurso implica un acto social en sí, y todo acto y discurso tienen una intención social determinada, sea ésta consciente y premeditada, o inconsciente y espontánea. Pero en todo caso, es claro que la mayoría de las personas que pronuncian refranes o chistes sexistas, en general son hasta cierto punto inconscientes de las repercusiones de su acto, por muy agresivo que el mensaje pueda resultar.

Y para ir cerrando este punto, no hay recetas, consejos o soluciones a la vista para todo esto, ya que es parte de la cultura y de nuestra sociedad, lo aprendimos por medio de la familia, los amigos y las amigas, la escuela, el lenguaje mismo, los medios de comunicación y últimamente la internet. Todo como parte

de la endoculturación primaria, en donde mucho de afecto y emoción había, por lo que quedaron más profundamente grabados como introyectos para el resto de nuestras vidas. Eso sí, la socialización es un proceso que no acaba nunca y el cambio es intrínseco a la vida misma.

Quizá lo que sí proponemos es estar atentos/as, sensibles, darnos cuenta, revalorizar nuestras actitudes, y en todo caso permitirnos la libertad de elegir si seguimos cargando con ese saco de mensajes o lo descargamos, y quizá si en nuestro horizonte más cercano es posible abrir el tema y reflexionar al respecto, o si es mejor esperar otro momento y contexto. Como ya dijimos en otro lugar, la vida es elección, la lengua es innovable, y nosotras/os somos libres de fluir o estancarnos.

La diferencia sexual como categoría fundadora; las alternativas y posibilidades de los cambios lingüísticos y sociales

Tres han sido los grandes apartados de esta obra: en primer lugar, las preferencias y diferencias en el habla de hombres y mujeres así como los estilos conversacionales; en segundo, el androcentrismo y sexismo lingüístico; en tercero, el discurso y los mensajes sexistas. Consideramos que el último ya ha sido expuesto suficientemente y cerrado en el subapartado anterior. Respecto al primero no hay mucho más que decir por su carácter más que nada descriptivo. Es sobre el segundo que nos vamos a centrar y reflexionar un poco más: el androcentrismo y sexismo en el lenguaje, sus opciones, medios y recursos. Referente a esto, además contamos con una guía práctica con propuestas de uso del lenguaje al final de estas páginas.

Las estructuras sociales eminentemente masculinas inhiben la libre expresión de modelos alternativos y los grupos dominados deben estructurar su concepción del mundo a través del modelo del grupo dominante [...] La mujer no puede emplear las estructuras lingüísticas dominadas por el hombre para decir lo que quisiera decir, para referir su visión del mundo. Sus declaraciones son deformadas, sofocadas, silenciadas (Moore, 1991:15-16).

Henrietta L. Moore escribía hace ya unos años esta frase en su libro sobre antropología y feminismo. Sin embargo, consideramos que las cosas se han ido

transformando como opina en la siguiente cita –más actual– la filóloga Eulàlia Lledó: “La lengua ya no es aquella que conocimos hace tiempo, aquella lengua cuyos usos considerábamos imposibles o difícilísimos de cambiar; aquella lengua implacable y lapidaria” (Lledó, 1995:6).

Es común afirmar desde la academia y desde el feminismo⁴ que las mujeres han sido invisibilizadas en la historia y otras ciencias sociales (Moreno, 1986; 2007), pero lo que no se ha recalcado todavía con suficiente claridad y eficacia es la ocasional condena al silencio. La teoría de los “grupos silenciados” afirma que los sectores socialmente dominantes generan y controlan los modos de expresión imperantes (Moore, 1991). Es preciso recalcar que las mujeres no sólo han sido borradas de la historia, sino acalladas, y que han de ser miradas –visualizadas– y oídas –escuchadas. Tal vez no han sido acalladas realmente –como vimos en esta obra–, pero creemos que sí intencionalmente. La exclusión del sujeto femenino está implícita en las teorías de la ciencia. El discurso de las disciplinas situaba en ocasiones a la mujer en posición de no sujeto, lo que no sólo la hacía desaparecer sino que tampoco era entendida –ni escuchada ni comprendida–, era un “no ser”. Y cuando aparece, se la juzga y condena. Si bien aquí creemos que esto está cambiando, todavía hay algunos espacios en los cuales se observa dicha tendencia con persistencia; también consideramos que lo anterior, en el sentido de desaparecer a la mujer, no está tan claro ni tan logrado como algunos discursos o estudiosos-as afirman.

Como hemos expuesto a lo largo de este trabajo, el lenguaje no es neutro –o por lo menos su empleo–, incorpora en su estructura la diferencia sexual y la

⁴ Respecto a las propuestas sobre alternativas al lenguaje sexista desde el feminismo y según Violi (1991): el feminismo de la igualdad, y de forma simplificada, aspiraría a una lengua neutra, mientras el feminismo de la diferencia, acentuando la bifurcación, llegaría a la configuración de dos lenguas separadas e incommunicables. Dicha afirmación es considerada aquí esquemática, incluso simplista y exagerada. Sin embargo, su exposición es excelente para reflexionar sobre la dicotomía establecida en polaridades, no olvidemos que una parte de nuestra cultura judeo-cristiana-occidental se decanta por la organización binaria del mundo –bueno-malo, hombre-mujer–; así está organizada nuestra mente y sociedad según vimos que afirma el postestructuralismo. Y es también positiva la afirmación para reconocer la necesidad de buscar puentes de diálogo y percibir los equilibrios y los matices, más que las verdades con mayúsculas, encontrar consensos y equilibrios, o aceptar el conflicto y la discusión. Esto es lo que se persigue en estas páginas y ojalá se consiga.

transforma en dato natural, extrasemántico, en estructura simbólica, dotada de significado y a la vez productora de sentido. Por un lado, quien habla deja su presencia subjetiva; de otro, la lengua inscribe y simboliza en su misma estructura la diferencia sexual de forma jerarquizada y orientada. La simbolización de esta diferencia en el lenguaje configura de antemano la estructura de los roles sexuales que son asimilados posteriormente por quienes hablan y reproducidos en el uso lingüístico (Violi, 1991). Como ya se ha indicado, las objetivaciones de la vida cotidiana se inscriben en el lenguaje —acumulación de experiencias y significados— y se presentan como facticidad externa y con efecto coercitivo sobre las personas y la sociedad en su conjunto (Berger y Luckmann, 1986).

En el lenguaje la diferencia sexual está simbolizada principalmente en la categoría lingüística de género gramatical, que no sólo regula hechos concordantes de forma mecánica —como afirman los/as especialistas en la materia—, sino que es una categoría semántica que manifiesta en la lengua un simbolismo profundo ligado principalmente al cuerpo y a la diferencia sexual. Es importante destacar que primero es la oposición en la naturaleza, luego la inversión simbólica —prelingüística y emocional de valores conectados al simbolismo sexual— y finalmente la forma lingüística —orden contrario al que afirman algunos lingüistas— (Violi, 1991). Esto ya lo reflexionamos específicamente al hablar del aprendizaje en la infancia, en particular de las niñas.

El lenguaje, como la cultura, suele dar más a menudo la palabra a un solo sujeto, aparentemente neutro y universal, pero masculino en realidad (Moreno, 1986). De ahí las contradicciones específicas que viven las mujeres en relación con el lenguaje. La gran paradoja en este sentido estriba en que las mujeres están situadas como sujetos hablantes en un lenguaje que ya las ha construido como objetos (Violi, 1991).

Varias son las explicaciones que pueden darse con relación a la exposición general y la ilustración particular que en este trabajo se ha realizado respecto a la violencia del lenguaje —su utilización y funcionalidad— y el lenguaje que violenta —su configuración y estructuras. Desde una perspectiva culturalista podría hablarse de la influencia de la reproducción del modelo cultural dominante en el imaginario social; y desde la racionalista, sobre el cálculo o la lógica de las necesidades e intereses de los actores/es sociales que dominan. Serían los dos extremos, hay en medio una posible explicación adaptativa: las mujeres como subcultura subordinada subalterna, en función del modelo social dominante

—cultura— y de su lógica intuitiva —racionalidad— se readaptan a la realidad de forma ambigua y compleja. Las mujeres han sido discriminadas, eso está claro, pero no por ello han sido víctimas pasivas: han sido y son actoras sociales activas, resistentes o aceptantes.

La expresión subjetiva masculina gobierna hasta cierto punto el lenguaje, y se ha legitimado como forma objetiva. A veces, ante la dificultad de expresarse y decir lo que sienten, las mujeres pueden renunciar a hablar y elegir el silencio o la soledad. Pero por otra parte, la utilización diferencial del lenguaje entre hombres y mujeres, las preferencias lingüísticas femeninas en su uso, muestran la alternativa que han encontrado las mujeres, y son síntomas de resistencia indirecta, pasiva a veces, adaptativa otras, pero resistencia al fin y al cabo. O tal vez, como hemos indicado, las mujeres tienen distintas formas de expresión, realizan diferente selección a la hora de hacer servir el lenguaje, que no siempre son consideradas, o simplemente no son entendidas por algunos hombres o mujeres y estudiosos-as, desde las preferencias lingüísticas, pasando por el lenguaje no verbal —gestual, tonal...—, hasta el mismo silencio.

En todo caso, subrayamos nuevamente que el sexismo, más que en la lengua, está inscrito en el modelo cultural de la sociedad, en la mentalidad de las personas, tanto en la persona hablante como en la oyente. Hay sexismo en el habla —actitud individualizada de hombres y mujeres— más que en el lenguaje en sí, está en el uso del lenguaje no en éste, está en el significado más que en la palabra, en la simbolización más que en la oración (García Meseguer, 1994).

Ahora introducimos unas meditaciones lúdicas, o más que lúdicas, reflexivas. Los juegos con el lenguaje son divertidos y rompen la rutina, no quiere decir que se tengan que utilizar de forma sistemática y permanente, se trata más bien de mostrar el androcentrismo y sexismo a través de bromas o chistes, para reírse o simplemente darnos cuenta de cómo usamos el lenguaje y éste nos usa. Es una ventana que abrimos un momento para que entre el aire fresco. Así, se puede hablar de:

“Dios es negra”
 “Dios es mujer”
 “Mamá Noel”
 “la matria”
 “jóvenes”, “miembras”

“El secretario de Estado viajaba con unos zapatos muy finos y bonitos y la presidenta mostró serenidad, capacidad e inteligencia en sus decisiones de política exterior”

“El marido de la gobernadora sirvió un rico postre, mientras su hija daba el discurso de bienvenida y su hijo repartía flores”

“La mayoría de las personas somos jóvenes en este país”.

La inversión⁵ —una técnica del chiste (Freud, 2008)— es algo más que sano, no para cambiar el mundo radicalmente, pero sí para reírnos y pasar un buen rato, y de paso quizá darnos cuenta de cómo hablamos, escribimos y utilizamos el lenguaje en general. Luego, si hay tiempo, ganas y motivación o intención, cambiar un poco también; evitar un lenguaje agresivo o extremadamente ofensivo, mostrar cómo las cosas se pueden nombrar de otra manera, o por lo menos hacernos conscientes de cómo habitualmente nos expresamos y a veces reiteramos, sin percibirlo, ciertos mensajes que contribuyen a la reproducción de la discriminación de género —entre otras— u observando en las/os otras/os. Y es que la lengua y lo que aporta a la reflexión, la crítica y la creación es algo así como un arma⁶ (Rich, 1983), en todo caso la consideramos aquí un instrumento o herramienta para la paz o la aceptación del conflicto, por lo menos para el cambio o la permanencia, para el diálogo, la comprensión y, si es posible, el entendimiento.

La lengua está viva; y la que no cambia o se adapta, fenece, como las llamadas lenguas muertas, que en su momento pudieron ser importantes, como es el caso del griego antiguo y del latín para occidente, y que por diversos motivos desaparecieron. Es por ello que nuestra lengua va a seguir transformándose; de las personas individuales y los colectivos sociales y su conciencia dependerá la dirección que tome.

Parece obvio decir que muchas cosas se han transformado o lo están haciendo y que cada vez estamos más lejos del momento en el que:

⁵ Ya se empleó la inversión en las primeras páginas de este libro con anécdotas y acertijos.

⁶ La expresión recuerda al historiador Mario Moreno Friginals, para quien la historia “es un arma cargada de futuro”.

Escucharemos las voces de las mujeres y también sus silencios, las preguntas no mencionadas y los espacios en blanco. Escucharemos las pequeñas voces suaves, a veces valerosas, tratando de hablar, voces de mujeres a quienes desde muy temprano las enseñaron que los temas de la confianza, del reto, del funcionamiento y de la autosuficiencia son chillones y poco femeninos (Rich, 1983:285).

Y cada vez parecemos estar más próximos/as a:

[...] producir palabras y discursos en los que la diferencia empiece a expresarse, en los que empiece a realizarse el anclaje con el sujeto que habla, con su experiencia, con su realidad psicofísica. Los polos dualistas antagónicos parecen así confundirse, sugiriendo así una tercera posibilidad entre un femenino autónomo y mudo y una palabra objetivada y neutra (Violi, 1991:162).

Por ejemplo, hace algunos años una de las definiciones de *zorra* en el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española —en su vigésima primera edición (1992)— era “mujer pública”, en el sentido de “prostituta”. Sin embargo, en la siguiente edición (2001) desapareció la primera acepción, no la segunda. Cada vez hay más mujeres públicas en empresas o puestos políticos y los/as redactores/as de diccionarios parecen darse cuenta, aun quienes tienen fama de conservadores/as. De modo que sí hay cambios y hay que valorarlos y tenerlos en cuenta; no obstante que en ocasiones los cambios son graduales, pocos, lentos y de larga duración (Fernández Poncela, 2000d), llegaron para quedarse.

Recordamos el “Compañeros y compañeras, el proyecto que defendemos nosotros y nosotras” del fallecido líder español de Izquierda Unida Julio Anguita. No hace tanto tiempo el “chiquillos y chiquillas” del ex presidente de México Vicente Fox, también provocó polémica, siendo dicha expresión en este caso del todo correcta en la gramática del idioma español, sin embargo todavía se hacen bromas sobre el asunto. Ya nos referimos a las expresiones de Carmen Romero (“jóvenes y jóvenes”) y Bibiana Aído (“miembras y miembros”) que en España hicieron resurgir un debate crispado entre los hombres que consideraron tales vocablos en femenino una “sandez” o “estupidez” del “feminismo salvaje” y quienes defendieron que lo que hoy parece peregrino, en algún

momento puede llegar a ser correcto, porque las palabras han de estar al servicio de las personas y no a la inversa (De Andrés, 2000; Constenla, 2008).⁷

Sin negar la importancia de la dominación y violencia simbólica, así como la reproducción de la misma (Bourdieu, 2000), aquí sostenemos que la inversión también existe, lo mismo que las transmutaciones. Resignificar y reevaluar términos como *queer* –cualquier sexualidad no heterocentrada– e invertir sus efectos (Butler, 2009) es un cambio.⁸ Por lo tanto, por qué no decir *jóvenas* y *miembras*.⁹ En todo caso deseamos dejar clara la posibilidad de la deconstrucción y resignificación del lenguaje, incluso del habla subversiva¹⁰ (Butler, 2009), del cambio y adaptación a nuevas realidades (Lledó, 2007). Todo lo cual implica, como ya dijimos, necesariamente ciertos grados o niveles de violencia, y también de voluntad y de conciencia.

Dos cuestiones más: en primer lugar la lengua posee un abanico de posibilidades para nombrar y de recursos disponibles para elegir el que más nos agrade o acomode. La lengua que está viva, cambia. Si la lengua no estuviera transformándose constantemente, hoy no hablaríamos español sino latín (Alario, Bengoechea, Lledó, Vargas, 1995), o un español de España y sin mexicanismos.

⁷ De hecho, este conjunto de anécdotas pretenden algo más que aligerar la lectura y provocar una sonrisa, bien merecerían un estudio profundo de las sociedades que realizan tales debates y sobre lo que les está pasando cultural y emocionalmente, al país, las generaciones, hombres y mujeres, etcétera. En fin, el por qué y el para qué de tanta diatriba pública. Pero además en el *Cantar de Mío Cid* aparece “mujeres y varones” y “burgueses y burguesas” y no creemos que dicho poema medieval anónimo estuviera redactado por feministas. Así que los desdoblamientos no son una ocurrencia tan reciente como parece. Repetimos: aquellas sociedades donde todo esto se ridiculiza o es objeto de discusiones y debates fuertes o importantes, bien merecen un análisis psicológico profundo para conocer qué hay detrás de toda esta burla o ironía, o enojo e ira, en su caso.

⁸ Y ha pasado con varias palabras cuyo significado se ha ido positivando: indio/a, indígena, afroamericano/a...

⁹ En especial este segundo vocablo desencadenó una discusión en los medios, con insultos muy vulgares por parte de algunos hombres considerados o autoconsiderados destacados escritores o periodistas –no utilizaremos el mismo nivel de lenguaje que ellos emplearon.

¹⁰ “El habla subversiva es la respuesta necesaria al lenguaje injurioso, un peligro que se corre como respuesta al hecho de estar en peligro, una repetición en el lenguaje que es capaz de producir cambios” (Butler, 2009:261).

Cuando alguien inventa o descubre algo, se nombra –y el ejemplo más claro lo tenemos en todo el nuevo vocabulario con relación a la computación.¹¹ Es por ello que cuando una mujer accede a la presidencia es lógico nombrarla *presidenta*, lo mismo que también parece racional el reconocimiento de la presencia y participación femenina en la sociedad en general. Asimismo, cuando un hombre acaba la carrera de enfermería parece normal que su título diga *enfermero* y no *enfermera*, y valorar dicha ocupación necesaria socialmente, también es algo positivo.

La lengua es dinámica y modificable. Eso sí, a veces cultural o emocionalmente nos enamoramos de unas palabras y odiamos algunos vocablos, por ello resulta natural que ciertas formas nuevas nos parezca que no suenan bien, porque todavía no las hemos hecho nuestras o porque estamos apegadas/os a las viejas expresiones. Repetimos: todo cambio es violencia y violento.¹² Hay pues que aprovechar las distintas posibilidades de la gramática, que es flexible y se adapta a la evolución social, a las necesidades comunicativas, sin por ello alejarse de las palabras y los textos del lenguaje común supuestamente correcto y formal (*Marcar las diferencias*, 2005). Incluso ha de tenerse presente el común denominador de la expresión en nuestra sociedad, los gustos personales, y cómo no, el principio de la economía del lenguaje, así como la libertad en la espontaneidad, en este último caso en la lengua hablada.

Algo importante sobre lo cual reflexionar es que en ocasiones la palabra hace la cosa y el nombrar algo es el primer paso para hablar sobre ello. Se dice que quienes se expresan en lenguas que tienen varios términos para los diversos matices del gris, los perciben más, mientras que las/os que hablan lenguas que

¹¹ Es curioso que una misma cosa se nombre diferente en dos países de lengua española: *computadora* en México y *ordenador* en España; quizá la cercanía con el inglés para el primer país tenga algo de influencia.

¹² Hay quien prefiere hablar de *mujeres y hombres*; otras personas eligen *ser humano*; otras más, *humanidad*; y otras, *gente, personas, individuos*, etc. Por ello hablar de *hombre* como genérico no tiene sentido habiendo tantas opciones. Habrá quien escoja la forma genérica y a quien no le moleste y prefiera las formas dobles. Sé de personas a las que les incomoda usar *alumnado* o *profesorado* y hablan o escriben de *alumnos/as* y de *profesores y profesoras*; conozco a quien repudia utilizar las formas dobles y elige los genéricos o abstractos.

carecen de ellos, no los perciben (Lledó, 2007).¹³ Por ello es obvio que la educación formal tiene mucho que hacer, y sobre todo *decir*, para contribuir a la construcción y práctica de un lenguaje lo menos androcéntrico y sexista posible.

Otra cuestión es la espontaneidad y el respeto. Resulta positiva la voluntad de no discriminar, de fluir con la realidad, no desde la imposición de la ortodoxia, sea ésta el cambio a ultranza o el no cambio a como dé lugar, más bien desde la adaptación lingüística a un ritmo adecuado para las personas, la cultura y la propia lengua, con la lentitud y la profundidad de aquellos cambios que llegaron para quedarse.¹⁴

Tal vez el camino más correcto sea ir fluyendo con la realidad, transformándola no desde el deber sino más bien desde el deseo, no desde la ortodoxia sino desde la sensibilización, adaptados-as a la realidad social existente y a nuestro propio ritmo; en todo caso desde la clara conciencia que varios cambios en el lenguaje que propugnan una utilización equitativa y no discriminatoria, están teniendo lugar, nos acompañan y los acompañamos. Y este caminar hasta violentar la supuesta corrección gramatical en ocasiones puede servir, pues, como decíamos, la lengua ha de estar al servicio de las personas, no al revés.

Como se mencionó en una cita anterior, en ocasiones la palabra *hombre* es sentida cada vez más pequeña e injusta para hablar de la humanidad.

Son necesarios, pues, cambios en el lenguaje para nombrar a las mujeres; y, por lo tanto, debemos realizarlos: los prejuicios, la inercia, o el peso de las reglas gramaticales, que, por otra parte, siempre han sido susceptibles de cambios, no

¹³ Una anécdota que relata esta autora es sobre Pérez, que tenía un hermano, el hermano murió, pero el hombre que murió nunca tuvo un hermano. Una de cada seis mujeres supo que se trataba de una mujer, mientras que uno de cada ocho hombres acertó, por lo cual afirma que las mujeres están más cercanas a percibir la presencia femenina.

¹⁴ Seguir usando el lenguaje androcéntrico y sexista ya empieza a sonar mal, pero a veces las alternativas todavía no suenan del todo bien, y lo peor es que la imposición y corrección en ocasiones resultan contraproducentes. Además somos personas, nos equivocamos, pues la perfección no existe, por lo cual está bien avanzar y retroceder en el camino de la intención y voluntad de hablar y escribir con un lenguaje menos discriminatorio hacia las mujeres, y hacia todos los sectores excluidos o desvalorizados.

pueden ni deben impedirlo. En la lengua castellana existen términos y múltiples recursos para nombrar a hombres y mujeres. La lengua tiene la suficiente riqueza para que esto pueda hacerse adecuadamente (Alario, Bengoechea, Lledó, Vargas, 2005:9).

Por otra parte:

Ocultar la diferencia y reducirla a estereotipo y caricatura no tiene, desde luego, efectos negativos solamente sobre las mujeres; también los hombres, evidentemente, están privados de una separación que les atribuye el lugar del público y de la palabra, aislándoles del mundo de los afectos y de los sentimientos (Violi, 1991:15).

Para transformar desde los mensajes agresivos hasta el uso del lenguaje sexista, si es que así lo consideramos pertinente, es bueno pensar que los cambios rápidos o autoritarios no son posibles, o si ocurren, duran poco. Si el darse cuenta es un paso, otro más es el de sensibilizar el entorno y ofrecer alternativas si éstas son posibles y resultan bien acogidas. Lo más conveniente es ir tomando conciencia e ir transmitiendo una nueva manera de ver y nombrar a hombres y mujeres en las familias y las escuelas, en los medios, a las nuevas generaciones, que entonces crecerán y se desarrollarán con nuevos introyectos, que nuestra generación consideró más equitativos y justos, esto es, de la mano de la socialización. Claro está, el cambio en el habla, la lengua y el lenguaje tiene que ver con una transformación social y cultural de mucha más amplitud y profundidad para que el cambio tenga arraigo y sentido. Se trata de una suerte de acuerdo social o consenso, entre gobierno y sociedad civil, entre escuelas, maestras/os, alumnado y padres y madres de familia, entre sectores y grupos sociales diversos, y entre personalidades distintas.

En Gran Bretaña todos crecemos pensando que las mujeres hablan más que los hombres, que las mujeres “chismorrear”, que los hombres usan más palabras soeces que las mujeres, que las mujeres son más corteses, etc. Con frecuencia las investigaciones en este campo ponen en tela de juicio los estereotipos culturales, pues gran parte del folclor asociado a las diferencias entre hombres y mujeres resulta falso (Coates, 2009:143-144).

Más allá de lo incorrecto o no de los estereotipos, lo cierto es que la escuela es un ámbito magnífico para poder desarrollar una educación cultural y lingüística con tendencias a la equidad, más solidaria, respetuosa, responsable y tolerante de la diversidad.

La enseñanza del lenguaje mismo puede ir sensibilizando y corrigiendo, si fuese el caso, muchas de las cuestiones comentadas a lo largo de estas páginas. Desde reconocer la utilización androcéntrica y sexista del lenguaje en general, hasta efectuar ejercicios prácticos concretos para su revisión, inversión, proposición de soluciones o como juego simplemente. Puede analizarse el uso convencional de los géneros gramaticales, el predominio del sujeto masculino, la ausencia del femenino, los estereotipos sexuales, etcétera. Es también importante la revisión de libros de texto, la propuesta de redacciones e ilustraciones alternativas con el propósito de romper los roles y estereotipos de género, evitar prejuicios o subrayar, cuando sea el caso, el papel de las mujeres, o incluso de los hombres donde se les haya excluido o no estén todavía —el hogar, las labores domésticas, los afectos, entre otros.

Como hemos dejado más que claro a lo largo de esta obra:

El lenguaje actúa como un agente más de socialización y debe ser cuidadosamente vigilado en la etapa educativa al contar con una fuerza especial en la transmisión de valores, pero también de estereotipos donde la invisibilización o la desvalorización de lo femenino puede generar claros referentes de discriminación (*El cambio lingüístico*, 2009:15).

Retomamos las palabras inspiradoras de Mercedes Bengoechea, estudiosa del tema que apunta la importancia del lenguaje en la escuela para la construcción identitaria y autoestima de niños y niñas, los diferentes estilos en cuanto a palabras, expresión, entonación, la necesidad de evitar el abuso verbal y el interpretar como *normal* el estilo de lenguaje de los niños.

Lo que propongo es ayudar a encontrar a las niñas su propia voz y dicción, y a sentir placer en ambas, en lugar de reformar los códigos de quien ya ostenta el poder. Para cambiar una realidad sexista debemos empezar por nombrar a las niñas, usando el femenino y reconociendo su especificidad. Como dijo Julia López Giráldez, nombrarlas es el primer paso; enseñarles a sentir orgullo de

ese nombre y esa diferencia es el segundo; ejercitarlas para que defiendan lo conquistado es el tercero (Bengoechea, 2003b: 21).¹⁵

Al respecto, incluiríamos también la sensibilización y educación de los niños con objeto que caminen a la par, en convivencia e interrelación respetuosa y valorativa.

Recordemos que aquello que no podemos ver tampoco sabemos nombrarlo, y lo que no nombramos no existe; la palabra crea *realidad* y el silencio recrea *ausencia*. Si vemos más y nombramos más, evolucionamos como seres humanos, hay una expansión de nuestro potencial cerebral, emocional, espiritual; ampliamos el horizonte, percibimos una mayor diversidad; confiamos y respetamos más la esencia del ser humano: ser proceso con las y los otros (Rogers, 2007). Y en esto somos, como en casi todo en la vida, libres de elegir, quizá no lo que nos pasa, pero sí tal vez cómo nos tomamos lo que nos pasa; no el qué y el cómo es la sociedad en determinadas circunstancias, pero sí cómo nos movemos, observamos, conversamos, pensamos y sentimos en esa misma sociedad.

Entendemos que hombres y mujeres son similares de muchas formas pero precisamente lo distinto es lo que nos entusiasma y, por lo tanto, seguiremos subyugados por las investigaciones que podamos leer sobre las formas de hablar de mujeres y las formas de hablar de hombres, y sobre las diferencias entre ellas (Coates, 2009:365).

Planteo otro interrogante más, de los muchos que me han ido acompañando durante la investigación y redacción de este trabajo, ahora de carácter más existencial, personal, y ya para finalizar. Una inquietud que ronda mi cabeza y no la tengo clara, vuelvo a la confluencia socrática de *sólo sé que no sé nada*, y un poco de omnipotencia personal que siempre desemboca en la frustración y la impotencia emocional: ¿cómo acercar la información, el conocimiento y la

¹⁵ “Sabiedo también que cuando tengamos una lengua que nos represente cambiará la realidad. Por eso seguimos adelante. Y no dormimos más a las niñas con cuentos de hadas. Les decimos que las niñas buenas van al cielo y las malas a todas partes. Y que colorín colorado, esta historia no ha acabado” (Meana, 2006:3).

reflexión intelectual a la vida real y al desarrollo humano? Porque más allá de las bondades o negatividades del contenido de este texto, siempre pienso para qué sirve la investigación en ciencias sociales y cuál es su real repercusión social y humana. Deseo colaborar, en la medida de lo posible, en la ruptura del distanciamiento entre el mundo académico y el de la sociedad en general —escisión que crean algunas reflexiones hiperrefinadas, discusiones bizantinas y expresiones metalingüísticas poco inteligibles, entre otras cosas.

La duda es si este texto es asequible al mayor número de personas posible y si se puede dar una interlocución con la ciudadanía, de quien tan fácil y alegremente hablamos desde la academia, espacio en el cual nos ocultamos para dar nuestra personal opinión las y los investigadores/as. A veces siento no sólo la distancia, sino la incertidumbre sobre el supuesto y real servicio de la universidad a la sociedad, de cómo nos quedamos, o me quedo para no generalizar, en un mero discurso, o cómo colaboramos para seguir creando un mundo desde la mente y la argumentación que nos sigue separando de nuestra real esencia como personas. De ahí que este trabajo sólo aspira a ser un cruce de caminos entre obras, autores y autoras, ideas y reflexiones, no especialista en algo en concreto, más bien un medio para difundir pensamientos e invitar a la reflexión. Y con este último deseo y esperanza me quedo y lo lanzo al universo.

Una última pincelada humorístico-crítico-reflexiva, un acertijo que circuló por internet recientemente:¹⁶

Es muy interesante porque en muchos casos, pone al descubierto nuestros prejuicios. Léanlo varias veces, busquen la solución y recién sólo si no pudieron descubrirla, recurran a la respuesta. Recuerden que no hay trampas, no hay cosas escondidas, todo está a la vista.

Antonio, padre de Roberto, un niño de 8 años, sale manejando desde su casa en la Capital Federal y se dirige rumbo a Mar del Plata. Roberto va con él. En el camino se produce un terrible accidente. Un camión, que venía de frente, se sale de su sector de la autopista y embiste de frente al auto de Antonio.

¹⁶ Presentamos aquí sólo un extracto de la versión original y larga del acertijo. Otras versiones breves y más tradicionales del asunto las hemos ido presentando en otras partes de esta obra.

El impacto mata instantáneamente a Antonio, pero Roberto sigue con vida. Una ambulancia de la municipalidad de Dolores llega casi de inmediato, advertida por quienes fueron ocasionales testigos, y el niño es trasladado al hospital.

No bien llega, los médicos de guardia comienzan a tratar al nene con mucha dedicación pero, luego de charlar entre ellos y estabilizarle las condiciones vitales, deciden que no pueden resolver el problema de Roberto. Necesitan consultar. Además, advierten el riesgo de trasladar al niño y, por eso, deciden dejarlo internado allí, en Dolores.

Luego de las consultas pertinentes, se comunican con el Hospital de Niños de la Capital Federal y finalmente conversan con una eminencia en el tema, a quien ponen en autos de lo ocurrido. Como todos concuerdan que lo mejor es dejar a Roberto en Dolores, la eminencia decide viajar directamente desde Buenos Aires hacia allá. Y lo hace.

Los médicos del lugar le presentan el caso y esperan ansiosos su opinión. Finalmente, uno de ellos es el primero en hablar: “¿Está usted en condiciones de tratar al nene?”, pregunta con un hilo de voz. Y obtiene la siguiente respuesta: “¡Cómo no lo voy a tratar si es mi hijo!”

Bien, hasta aquí la historia. Está en usted el tratar de pensar una manera de que tenga sentido. Y antes de que lea la solución, quiero agregar algunos datos:

- a) Antonio no es el padrastro.
- b) Antonio no es cura.

Solución más abajo. Evite leerla hasta intentar solucionarlo

Solución:

Lo notable de este problema es lo sencillo de la respuesta. Peor aún: no bien la lea, si es que usted no pudo resolverlo, se va a dar la cabeza contra la pared pensando, ¿cómo puede ser posible que no se me hubiera ocurrido?

La solución es que la eminencia de la que se habla, sea la madre.

Nunca se hace mención al sexo de la eminencia. En ninguna parte. Pero nosotros tenemos tan internalizado que las eminencias tienen que ser hombres, que no podemos pensarla mujer. Y esto va mucho más allá de que puestos ante la disyuntiva explícita de decidir si una eminencia puede o no puede ser una mujer, creo que ninguno de nosotros dudaría en aceptar la posibilidad tanto en

una mujer como en un hombre. Sin embargo, en este caso, falla. No siempre se obtiene esa respuesta. Más aún: hay muchas mujeres que no pueden resolver el problema y cuando conocen la solución se sienten atrapadas por la misma conducta machista que condenan.¹⁷ En fin, creo que es un ejercicio muy interesante para *testear* nuestras propias complicaciones y laberintos internos.

P.D. Si no pudiste resolverlo, no te quejes del machismo porque vos también lo llevás en la sangre. A los que pudieron... felicitaciones por no ser prejuiciosos...!

También en este caso, un acertijo vale más que mil palabras. Lo valioso de este género breve, que hace referencia a un suceso o situación, e interroga en forma de enigma a resolver, es que establece un diálogo en interrelación personal —sea cara a cara o virtual— y nos da toda una lección crítica y autocrítica de sexismo lingüístico y cultural. Un correlato de la situación social actual en torno al androcentrismo cultural y a la división sexual del trabajo, o mejor, sobre el sexismo en la misma, pues si bien todo está cambiando en la realidad cotidiana, en el lenguaje y nuestros introyectos y creencias parece que no tanto.

Este acertijo es una provocación crítico-reflexiva para evidenciar el sexismo y criticar el androcentrismo, a la vez que un guiño cómplice que nos permite no sólo repensar la utilidad del lenguaje sino pensar en cómo pensamos —sin redundancia. Toda vez que nos puede entristecer, enojar, divertir o hacer sonreír, pero no nos deja insensibles frente al tema. Más bien nos quedamos, como es la pretensión de esta obra, con el pendiente de la necesidad de cambiar y con la esperanza de poder hacerlo, junto a estas llamadas de atención que a través del mismo lenguaje nos alertan y nos invitan a la introspección al tiempo que nos motivan para la acción.

¹⁷ Especulando, esta última frase no sabemos si refleja amargura o venganza o sentido de realidad. Quien circuló esta versión, que creemos es la original, firma como Adrián Paenza. Un hombre que al margen de las razones iniciales de esta acción, obtuvo como resultado la reflexión de hombres y mujeres que se dieron a la tarea de resolver al acertijo, soltar tensión y autofelicitarse si lo hicieron bien, quedarse con la inquietud del sexismo que inunda mentes y lenguaje, la reflexión sobre la complicación de quebrar estereotipos culturales e introyectos sociales, y la necesidad de intentar hacerlo.

Somos lo que decimos y hacemos al decir. Somos lo que nos dicen y nos hacen al decirnos. Por ello las palabras importan y el lenguaje nos moldea, toda vez que también moldeamos el mundo a partir del lenguaje, reflejo y producto de la existencia. El objetivo de esta obra es mirarnos un poco más, darnos cuenta de cómo utilizamos el lenguaje y cómo somos utilizados y utilizadas por éste. Cómo co-construimos la vida y la sociedad como humanidad por medio de las palabras, las oraciones, los mensajes y los discursos, como mujeres y hombres. La relación con el lenguaje según los sexos sí importa ¿cómo tratan al lenguaje o cómo hablan hombres y mujeres? ¿cómo se emplea el lenguaje según los sexos? y ¿cómo aborda el lenguaje a los sexos, semántica y sintácticamente? o ¿de qué manera se refiere a hombres y a mujeres? Para ello, se ha revisado una amplia bibliografía del tema y se apuntan ejemplos prácticos útiles sobre el asunto. Y es que un objetivo es también ofrecer una breve guía orientativa en aras de un lenguaje no discriminatorio para las mujeres ni para los hombres, más equitativo, y más allá de lo políticamente correcto, más diverso, tolerante y solidario. Algo que se desea destacar es el amplio abanico de posibilidades con las que ya cuenta la lengua para reformularse desde un lenguaje no discriminatorio y correcto, esto es, hay varios recursos alternativos a elegir o estrategias lingüísticas para evitar el androcentrismo y el sexismo lingüístico.

La voluntad y la intención también cuenta, pero desde la conciencia, la sensibilidad y la libertad. Se pretende llamar la atención, darnos cuenta, percibir la discriminación para y en la medida de lo posible si así se desea, ir cambiando algunas de las prácticas lingüísticas. Conscientes que transformar el lenguaje no es transformar la sociedad y que lo primero sin lo segundo carece de sentido, pero con la esperanza también de una humanidad más equitativa, no a golpe de ley sino en el fluir de la conciencia.

